

haber caído de golpe, en medio de un campamento de beduínos»⁴. En su breve recorrido sienten miradas inquietas, recelosas, hostiles, ante las cuales esbozan un «loado sea Nuestro Señor Jesucristo» que es inmediatamente respondido por un «para siempre sea loado tan buen Señor». Entran en el pequeño templo y se encuentran con Antonio Consejero que les acoge afectuosamente, les informa de los trabajos de la iglesia y se les ofrece como guía para que puedan apreciarlos. Esta cordialidad impulsa a los religiosos a comentarle que «mucho les extrañaba encontrar allí hombres armados y no podían dejar de condenar que se reuniesen en lugar tan pobre tantas familias entregadas a la ociosidad, en un abandono y miseria tales que diariamente se producían de 8 a 9 defunciones. Por esto, por orden y en nombre del Señor Arzobispo, iban a abrir una Santa Misión aconsejando al pueblo que se dispersase, volviese a sus lugares de origen y a su trabajo, en interés de cada uno y para el bien común». Esto originó el primer altercado. El recinto se llenó de personas que no estaban dispuestas a abandonar a su Consejero. Se temía un desorden inminente. Antonio Consejero los calmó y con su placidez habitual contestó a los capuchinos que precisaba de aquellos hombres armados para protegerle de la República, a la que él no podía reconocer. A lo que respondió el religioso airadamente que la Iglesia condenaba las revueltas, enseñando que los poderes constituídos mandan a los pueblos en nombre de Dios y que en el mismo Brasil todos, desde el primer obispo hasta el último católico, aceptaban al gobierno republicano. ¿Solamente él y su secta iban a negarse a reconocerlo? No era una forma correcta de pensar. Su doctrina estaba equivocada. El gentío congregado, casi siguiendo las leyes del teatro griego, respondió a coro: «Es Vuestra Reverendísima quien tiene una falsa doctrina y no nuestro Consejero». De nuevo es el iluminado quien tranquiliza los ánimos para que ellos puedan continuar su labor, y ya que no tenía ninguna intención de desarmar a su gente, tampoco quería estorbar su santa misión. Euclides da Cunha sigue contando los avatares de la misma, y al séptimo día de la prédica —después de haberse efectuado 55 casamientos, 102 bautizos y más de 400 confesiones— los frailes fueron invitados a salir por João Abade y los pobladores de Canudos, a los gritos de «Viva el Buen Jesús y el Divino Espíritu Santo». Esta anécdota se repite con distintas variantes en los otros casos de mesianismo. La Iglesia se negará siempre a aceptar estas prácticas heterodoxas, debido a que ellas iban unidas a ciertos desórdenes que alteraban el sistema social constituido por los grandes hacendados. Este rechazo de la Iglesia era inseparable de la intervención del ejército, ya que aquellos grupos de cangaçeiros y fanáticos no hacían otra cosa que confundir la mente de los sertaneros que tenían, por otra parte, tan buena disposición de carácter y tanta inocencia religiosa. Una vez más la Iglesia y el Estado se unían para sofocar cualquier tipo de protesta social. Y la represión que tales hechos provocaban eran extraordinaria. De Canudos sólo quedarían cuatro supervivientes: «un anciano, dos hombres y un niño, al frente de los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados»⁵.

⁴ OS SERTOES de Euclides da Cunha, p. 140 a 143. Livraria Francisco Alves Editora, S.A. 1981. La traducción de este texto como de los que se citan a continuación son del autor de estas páginas.

⁵ *Obra cit.* p. 407.

Coroneles y capangas

En el sertón sin sombras se proyecta la figura de uno de sus más siniestros personajes: el capanga. Este viene a ser una especie peculiar de matón a sueldo que actuará a los órdenes de los «coroneles», nombre que reciben en Brasil los grandes hacendados. Estas dos figuras —coroneles y capangas— se oponen a los cangaçeiros y fanáticos. Si estos últimos responden a la llamada del hambre practicando rapiñas y uniéndose en comunidades parareligiosas, coroneles y capangas defienden el orden establecido y constituyen la otra vertiente social del nordeste.

Ya desde los tiempos de la colonización los dueños de sesmarías, poseedores de inmensos latifundios, es decir los coroneles, tuvieron que armar a sus trabajadores para defenderse de los ataques indígenas, a quienes usurpaban los territorios. Más tarde con la lucha por los límites entre las sesmarías y las haciendas se haría imprescindible la figura del capanga. En estas amplias extensiones de tierra, el coronel, casi totalmente aislado del exterior, sin control del gobierno, forma su propio ejército y se nombra autoridad absoluta en la región. Son conocidas auténticas guerras entre hacendados por el control de la tierra. Como ilustración de este estado de cosas es interesante señalar que, en la segunda década de este siglo, tuvo lugar el enfrentamiento entre los coroneles Militão y Horacio de Matos, para lo cual este último movilizó más de seiscientos capangas durante cinco meses por numerosos municipios, ciudades y poblados del interior de Bahía. El mismo Horacio de Matos, en otra ocasión, llega a tomar la ciudad de Lençóis con mil hombres. Las distintas campañas de este coronel hacen necesaria la intervención del Gobierno Federal a quien le son impuestas condiciones para la total pacificación de la región. Algunas de ellas ponen de relieve la autoridad de este hacendado: no entregará ni las armas ni las municiones y le serán reservadas dos plazas de diputado estatal y una de diputado federal. Otro conocido coronel, Floro Bartolomeu, jefe político de Juazeiro y defensor armado del Padre Cícero, repele y pone en fuga, en enero de 1914, a tropas del Gobierno Estatal a las que sigue hasta la misma ciudad de Fortaleza, capital del Estado de Ceará. Como consecuencia de esta persecución, para la que se movilizó y armó a cinco mil hombres, fueron saqueadas sucesivamente las ciudades de Crato, Barballa y Quixada. En todas estas campañas el elemento de choque, adiestrado y municionado por los coroneles, será el capanga, cuya presencia sobrevive hasta nuestros días. En la actualidad el gran propietario ha perdido el extraordinario poder que tuvo un tiempo, aunque todavía utiliza esta mano armada en defensa de sus intereses políticos, produciéndose la alianza del latifundio semifeudal y la burguesía.

El capanga se transforma así en un asesino asalariado tras una larga historia de crímenes, que comenzaron con el exterminio del indígena, continuaron con las guerras por la hegemonía de los hacendados y terminaron con la defensa de las grandes propiedades contra el proletariado rural, sin tierras ni trabajo, cuya ambición única será la supervivencia.

El yagunzo en Euclides da Cunha

Euclides da Cunha, en *Os Sertões*, no diferencia entre cangaçeiros, capangas o fanáticos. Para todos ellos emplea el mismo nombre: yagunzo. No menciona para nada los

problemas sociales, políticos o económicos que hicieron surgir estas tres figuras en el Nordeste. La explicación euclidiana nace de otros presupuestos. El yagunzo, el vaquero nordestino, «está en función inmediata de la tierra»⁶.

En la primera parte de su obra, como en una obertura magnífica, intentará explicar esta tesis. Esta región, donde aún pueden encontrarse fósiles de todo tipo de peces, animales acuáticos y fauna antediluviana, parece ser, en palabras de Euclides, un inmenso cementerio de mastodontes, rebosando «vértebras descoyuntadas y partidas como si la vida hubiera sido allí, de golpe, asaltada y destruida por la voluminosa energía de un cataclismo». Destruída hace milenios, pero donde los restos de esta tragedia permanecen intactos, inviolados, presentes en nuestros días, con la impresionante grandeza de un museo natural, que puede transportar al viajero a los límites de su origen como especie. Parajes donde la tierra todavía se prepara para la vida, donde surge una flora castigada y remota: las nopáleas, de la familia de los cactus, consideradas por Saint Hilaire como los primeros vegetales del mundo. Las favelas, pequeños árboles con flores blanco amarillentas, desconocidas para los mismos científicos, perdidas en la noche de los tiempos. Los cajuís —Anacardía Humilis— de profundas raíces, que alcanzan la altura de un metro sobre la superficie, sobreviviendo, en su mayor parte, en la oscuridad de las entrañas de la tierra. Los mandacarús, grandes cactus del tamaño de un árbol, «sucediéndose constantes, uniformes, idénticos todos, del mismo tamaño, igualmente distanciados, distribuidos en orden singular por el desierto». Por un desierto de cerros desmantelados, casi desnudos, diseminados como cráneos en un osario de gigantes. Lechos secos de ríos que parecen, en aquellas soledades, heridas abiertas, tristes insignias de una olvidada derrota. Gargantas impenetrables, barrancos vertiginosos. Sedes de lagos extinguidos con fisonomía de anfiteatros. Y es que la extraordinaria sequedad del aire, las caídas repentinas de temperatura en las proximidades de la noche y las tormentas tropicales, casi instantáneas, pero de impresionante intensidad, han conseguido labrar la arcilla bermeja, el cuarcito, el taloxito azul, creando estos monumentos de piedra, estas majestuosas ruinas de castillos, estos graderíos, vestigios de civilizaciones desconocidas, estigmas del «martirio secular de la Tierra».

De esta forma Euclides nos presenta el escenario grandioso y sobrecogedor donde habita el yagunzo, ser mítico, envuelto en las brumas de la Historia, surgiendo de sus raíces, hermanado a un paisaje ancestral como un ídolo de carne. Heredero de las tres razas que se fundieron en Brasil: blanco, negro e indio. Mezclando en su sangre los oscuros rituales de Africa, la magia de las culturas precolombinas y la civilización engendrada en Occidente, cuyos restos medievales permanecen en el sertón. Tendrá que enfrentarse a una naturaleza inhóspita, atravesada por torrentes impetuosos nacidos de las lluvias torrenciales, amenazado por las grandes sequías que destruyen todo vestigio de lo viviente, azotado por vientos nocturnos que hacen estremecerse de frío. El yagunzo se sobrepone a todo, es fuerte, bárbaro, impetuoso, abrupto. Si su imagen no parece corresponder a esta realidad, no por ello debemos engañarnos. Su aspecto sin gracia, su andar sin firmeza, sin aplomo, su presencia como la de un dios derrotado sólo revelan una fatiga permanente. La fatiga de un hombre que tiene que estar siempre dis-

⁶ Todos los temas tratados en este apartado pertenecen a «A Terra» y a «O Homem» de Os Sertoos.